

# Víctimas y convivencia

ÍÑAKI UNZUETA  
PROFESOR DE SOCIOLOGÍA

El concejal del Partido Popular en Durango Jesús Mari Pedrosa sabía que le iban a matar. Jóvenes infatuados de violencia se manifestaban frente a su domicilio y colocaban pasquines que le acusaban de la dispersión de los presos de ETA. El Día de los Inocentes de 1998 subieron a su vivienda profiriendo amenazas y colgaron en la puerta un monigote con una leyenda que decía: «Pedrosa, tú no eres inocente». Dos años después, con el infausto Ibarretxe como lehendakari y en un clima de enfrentamiento entre nacionalismo y constitucionalismo, Jesús Mari fue asesinado. Es verdad que en el País Vasco han tenido lugar otras violencias: torturas por parte de determinados cuerpos de seguridad del Estado o el muy definido en el tiempo terrorismo de respuesta de los GAL. Sin embargo, la violación de la integridad física y psicológica de ciudadanos previamente clasificados como excluidos siempre ha procedido del nacionalismo y ha sido unilateral: como Adolf Eichmann, el objetivo de ETA era decidir con qué tipo de personas era deseable y conveniente vivir.

Transcurridos cuatro años del cese del terrorismo etarra, en la lucha por la interpretación del pasado, el polo institucional apela a la reconciliación y convivencia entre vascos y procede a una interpretación holística que reconoce a todas las víctimas y las integra en un mismo plano. Afirman que lo que une a las víctimas es la injusticia cometida y que el sufrimiento las equipara. Señalan que el objetivo principal es no olvidar y que otras consideraciones están fuera de lugar: las víctimas, dicen, no son más que víctimas y por ello hay que acabar con su instrumentalización política. Ahora bien, si todas las víctimas son iguales, si no son más que seres inertes que no portan ningún mensaje político, y si han de pasar a un segundo plano para no obstaculizar la reconciliación y dar lugar a una convivencia justa y en paz: ¿cui prodest? Resulta curioso que este planteamiento sea defendido ahora por las dos vertientes del nacionalismo, cuando anteriormente una de ellas legitimaba la actividad terrorista y para una mayoría de la otra las víctimas ni existían.

La desventaja del nacionalismo vasco con respecto al catalán son los cincuenta años de terrorismo. Ese es su talón de Aquiles y, para avanzar en la construcción nacional, antes tienen que procesar y hacer digeribles las víctimas del terrorismo. Sin embargo, las víctimas de ETA observan la incapacidad para el duelo de los agresores y señalan las caren-

cias de una revisión histórica adulterada que no restaña las heridas de una sociedad fracturada. Por ello, en primer lugar es preciso mantener la radical diferencia entre víctimas: solamente una parte de ellas (las constitucionalistas) fueron construidas, despreciadas, perseguidas, y, finalmente, eliminadas. Sólo ellas sabían que un sector organizado (social, política y militarmente) del nacionalismo las quería asesinar. En segundo lugar, no se trata de recordar para que los hechos no se repitan, sino que hay que recordar para hacer justicia. Como dice Reyes Mate: «Si resulta que sólo recordamos para que la historia no se repita, estaríamos como sacando el último jugo a los muertos en beneficio de los vivos. Bajo el señuelo de una reflexión responsable lo único que se oculta es nuestra propia supervivencia».

Por un lado, hacer justicia no significa proceder a un reconocimiento formal, externo y objetivante de las víctimas, sino aceptarlas con una actitud realizativa que moviliza a la persona mediante el pensamiento, el sentimiento y la acción. El reconocimiento sincero del daño causado implica el sentimiento de culpa, emoción privada que surge de la desaprobación propia por el daño moral causado y conlleva el deseo de confesar, reparar el daño y reconciliarse con la víctima. Ahora bien, para un reconocimiento sincero, antes que la culpa tiene que surgir la vergüenza, emoción pública que surge de la desaprobación por los demás de la conducta del victimario y conlleva huida, ira, resentimiento y au-

todesprecio por el daño ocasionado. No nos encontramos precisamente en un contexto social, político y moral que propicie entre los victimarios la aparición de estos sentimientos. Cuando, además, una facción del mundo nacionalista más radical se jacta de lo realizado y trescientos asesinatos siguen sin resolución. No se puede reconocer a las víctimas de la Guardia Civil y pedir al mismo tiempo su expulsión del País Vasco.

Por otro lado, para hacer justicia habría que, como decía Benjamin, «cepillar la historia a contrapelo» y adoptar una perspectiva que incluya lo que pudo ser y se malogró. En este sentido, Reyes Mate señala que «el pasado es más de lo que fue, es lo todavía no descubierto y que aún puede llegar a ser». Por ello, no se trata de que las víctimas sean instrumentalizadas sino del hecho de que son portadoras de un mensaje político que trastoca el presente. Los vacíos dejados por las víctimas deben ser rellenados de contenido político, de suerte que tomarlas en serio significa frenar el proceso de renacionalización que el nacionalismo pretende impulsar. ¿A qué convivencia se refieren cuando el constitucionalismo sigue siendo considerado en nuestra sociedad una anomalía a superar? El antropólogo Clifford Geertz decía que «la intolerancia religiosa y el odio nacionalista (a veces en combinación) han acrecentado a la humanidad más devastación que ninguna otra fuerza en la historia. La religión y el nacionalismo tienen mala fama en el mundo moderno porque se lo merecen».

## ANTÓN

